

Lugar

Son las ocho de la mañana y Jean Pierre ya está preparando el Land Rover. Los rayos del sol dañan un día más su calvicie mientras carga unos bidones llenos de combustible y termina de inflar los neumáticos. Unos 20 pasajeros se suben al jeep y le dan a Jean Pierre un pequeño papel blanco que indica su destino.

El desierto encandila, da la bienvenida y avisa que el lugar es solitario. Los médanos se van presentando en fila india, uno detrás del otro. El Rover los elude como de costumbre hasta llegar a la playa, donde los lobos marinos liberan un hedor que raspa las fosas nasales. Los lobos miran al sol, los rayos caen, resecan la piel y agreden a Jean.

El jeep continúa su trayecto rodeado por el Atlántico y por pequeñas casas artesanales, ausentes de las comodidades que entrega la revolución industrial. Algunos pasajeros descienden y no saludan a Jean. Irremediablemente lo volverán a ver. Adelante, el camino se extiende y pareciera que no tiene fin.

Sin embargo, no es infinito. Jean se detiene en la eterna y última parada. Los pasajeros descienden, agarran el equipaje y observan en vano los alrededores. Le preguntan a Jean Pierre dónde conseguir hospedaje por una noche, pero él no les contesta. No tiene por qué.

13 de septiembre de 1998.